

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 49
Foro Escritura y Psicoanálisis

Article 85

1999

The Cowboy; Estupor

Rodolfo Privitera

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Privitera, Rodolfo (Primavera-Otoño 1999) "The Cowboy; Estupor," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 49, Article 85.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss49/85>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Rodolfo Privitera

The Cowboy

Después del disparo, alguien en la colina guardó el rifle y se alejó al galope. El otro giró y trató de tomarse de algo sólido. Encontró la varilla que sostenía el tendero de ropa, se fue de costado bamboleándose como un borracho; un pie se clavó en la tierra y ayudó al cuerpo a enderezarse. Se puso rígido y solo movía su cabeza de un lado a otro con desconfianza. Al rato alargó la mirada hacia el campo, hacia el camino, haciendo viscera con la mano. Un punto a lo lejos iba adquiriendo forma lentamente. El horizonte se movía como si avanzara hacia él. Desde la casa no llegaba ningún ruido, el perro a un costado de la cucha parecía dormir. A unos pasos distinguió un balde y más allá el molino de agua detenido. La pierna izquierda de su pantalón lentamente se iba mojando. La varilla del tendero ahora la usaba de bastón; comenzó a caminar, cruzó trabajosamente el camino...

Miguelíto..., se escuchó desde la casa, y trató de desimular. Terminó de recoger la ropa y una vez más osciló el cuerpo amenazante camino de la casa apretando entre sus dientes un pedazo de zarzaparrilla. Otro disparo a lo lejos produjo una estampida de ganado. Se quedó mirando, luego reaccionó, pero su herida le impedía correr. Las vacas arrasaban las plantaciones de su padre mientras los bandidos lanzaban risotadas por sobre el polvo y el tronar de los cascos. Su madre volvió a llamarlo, pero esta vez escuchó que le rogaba; "Billy, Billy come fast please, there are many men here who want to kill me". Miguelito escupió hacia un costado la zarzaparrilla y olvidándose del pantalón mojado de orin o de sangre, corrió como un héroe que va a salvar a alguien de un peligro. Aquel punto en la lejanía que no era parte de sus fantasías, coincidió con él en un preciso lugar de la calle. Un hombre joven bajó furioso del auto. Miguelito lo miró y apuntó con el dedo disparándole varias veces. Luego, corrió hacia la casa sembrando calzoncillos y medias por todas partes.

ESTUPOR

Ahora está detrás de la elegida ajusta sus pasos a los de ella, observa el bamboleo de su cuerpo y de pronto le gusta, le gustan sus piernas y la manera de mover la cadera. Recorre lentamente la raya de la media hasta el tobillo, salta al otro y sube con la misma lentitud hasta el borde de la pollera acrecentando el deseo. Sin embargo, su obsesión lo hizo desistir y volvió al principio. Se acerca demasiado y comienza su palidez y el tic del labio inferior. Extiende la mirada hacia los costados esperando un claro para el manotazo, parece confundido por el olor a lavanda que desprende ese cuerpo que sigue en su cadencia. Vuelve a la idea anterior y decide arrancar la cartera de aquel brazo indefenso y la fuerza del tirón la deja aterrada y dando vueltas en la vereda. Atropella a la gente que no entiende lo que pasa, y en su necesidad de aspirar aire por los nervios y la fatiga abre desmesuradamente la boca. Así llega al palacio Barolo, elegido de antemano, y se detiene en los baños del décimo piso para iniciar el cambio. Se saca el piloto que se transforma en perramus, ensaya otro peinado frente al espejo, y los anteojos ahumados surgen de un bolsillo interior antes de la interminable meada en el mingitorio. Revisa la cartera, cuenta la plata y se detiene en las fotos de los documentos; Fanny González repitió y se dijo, esta es rusa, seguro; lentes de contacto, pintura labial y una pequeña libreta de anotaciones. Camina con serenidad con su pipa y la plata en el bolsillo que va tanteando de vez en cuando confiado en que nadie podría reconocerlo. La plaza Congreso fue su primer descanso para relajar el cuerpo. Se tiró en un asiento y entrecerró los ojos escuchando el ruido del tráfico. La pared de la pensión luciría la nueva foto junto a las otras, esa colección tan particular que lo distraía en ese cuarto sin luz y abarrotado de pequeños objetos. Ese microescenario testigo de sus diálogos que improvisaba en medio de la noche cuando no dormía. Sacudió la cabeza sin abrir del todo los ojos. Su mano urgó en el bolsillo para acariciar la plata entre los dedos. Después lanzó una carcajada sin ponerle atención a los viejos jubilados que estaban a su derecha. Caminó como un borracho hasta la avenida Rivadavia. Tomó un taxi y encendió un cigarrillo mirando a la gente por la ventanilla. Perdió los ojos en el vértigo de los edificios y se le hizo muy clara la figura del "maestro". Lo vio tirado en la cama dejándose morir con la cara rota sin buscar quien lo ayude en esa pieza húmeda con olor a pies y sin ventana y el revólver en la nuca.

— Aquí hay morfi y guita — y desparramó los paquetes y billetes por el piso. El otro no le contestó inmóvil en la cama. Caminó incrédulo con cierta dificultad pero sereno y puso la pava en el fuego para hacer unos mates. Parece que es lo único que sé hacer, le respondió un día de la semana anterior cuando el "maestro" muy malherido le gritó que parara de cebar que de tanto tomar mate iba a cagar paisajes. No quería darse vuelta y le ofreció

varias veces un “amargo”, después corrió le cretona que tapaba el agujero que funcionaba de ventana y clavó los ojos en el viejo y reseco limonero que se resistía a morir en el potrero de la “villa”. De pronto, se vio sentado en la cabecera de una mesa rodeado de gente extraña que lo mira. No reconoce a nadie, pero en el fondo de ese cuarto apareció la cara de Fanny con angustia cuando los más viejos comenzaron a hacer preguntas incisivas a ese goi que era parte de su vida. Repartió tranquilidad y sonrisa cuando vio caer las empanadas de pescado en la enorme bandeja mientras improvisaba respuestas para amainar la desconfianza. Una sirena se intercaló entre el monótono sonido de bocinas y frenos. Después de comer la tensión se diluyó y Fanny aprovechó para terminar con su regalo; entró con la boca llena de alfileres y el saco verde-gris-espigado para que él se lo pruebe allí mismo frente al espejo del comedor. Los otros abstraídos con sus chistes o comentarios tampoco percibieron el movimiento de los invitados. Pero él se quedó impávido y no se sabe muy bien si por miedo o compasión cuando aquel hombre bajo, esmirriado y no muy joven le tendió la mano. Ahora las sirenas apagan totalmente el ruido del tráfico. El esposo de Fanny hacía horas que esperaba sentado en el rincón oscuro de la sala. Luego abrió un paquete que dejó en la mesa. — Es una miniatura del Arca comprada en Estambul para adornar la casa — dijo, sin convicción y casi en murmullo. A partir de allí todo se desarrolló rápidamente, hubo voces, sonidos de pasos y corridas luego el hombre dio unos gritos que lo confundieron. Se levantó, volvió a gritarle en un idioma no muy claro. Retrocedió hacia la puerta, sacó un revolver del bolsillo y le disparó a quemarropa. Quiso despertar pero se sintió liviano, como ausente, y el peso como de un ladrillo sobre los párpados le imposibilitaba ver donde estaba. — Una vida sin riesgo no era lo que buscaba — se dijo, — después de todo estoy cansado de las sopas de pescado, los plekzalaj y arenques importados de Noruega — repitió sin mucha fuerza. La claridad se iba haciendo cada vez más intensa y los gritos de Fanny se detuvieron de golpe. El pucho le quemó los dedos, después el perramus y llegó hasta la pierna que se mantuvo inmóvil.